

templo, desde donde podía filtrar á la piscina Probática que estaba contigua.»

He aquí cómo la describió Chateaubriand: «Esta piscina llamada *Birket-Isráil* está ahora seca é inutilizada; criáanse en ella granados y tamarindos silvestres de color azulado; un ángulo que mira al Oeste está cubierto de nopales.»

Al extremo occidental hay también algunos árboles é higueras: la otra parte se va llenando más y más cada día por arrojarse en ella la basura del barrio. Sólo hay una gruta de agua. Tajar Bajá que há pocos años era Gobernador de Palestina habiendo mandado remover las ruinas de la iglesia de Santa Ana, que está en frente, dispuso que se echasen los escombros en dicha piscina.

Brocard dice «que esta piscina fué construída por Salomón y que los nathineos ó sirvientes del templo lavaban en ella las víctimas que se presentaban á los sacerdotes para ofrecerlas en sacrificio.» Echase de ver igual trabajo en los estanques de Salomón más allá de Belén y un cubierto abovedado como en los pozos de Salomón junto á Tiro, igualmente barnizada por fuera. Chateaubriand apunta con exactitud las dimensiones de la piscina; son ciento cincuenta pies de largo por cuarenta de ancho; la profundidad, difícil de medir, debió ser considerable.

Una pared que á trechos alcanza la altura de sesenta pies, cerca el atrio de la mezquita, en la parte oriental, junto á la mencionada piscina, está la puerta Dorada por la cual nuestro Salvador entró en el templo el domingo de Ramos. Hacia el Sur, según las tradiciones musulmanas, encuéntrase el lugar en que Mahoma debe juzgar á los hombres reunidos en el valle de Josefat. Otros lugares son también objeto de la devoción musulmana.

Las dependencias de esta mezquita llevan el nombre de el-Caram (el templo), y forman una población aparte, con su administración separada, un jefe y sus jerafes, todos personajes importantes. La mezquita posee muchas rentas.

De ahí es que cuenta ya doce siglos de existencia, y ha durado tres veces más que el templo de Salomón. En la parte oriental de esta vasta explanada álzanse las negras pirámides de los cipreses, colocados como fúnebres monumentos en un paraje donde todo respira duelo y desolación. En medio de esta soledad vense pálidas hojas de olivo, granado y loto. Sobre la mezquita de Omar nótese también, como antiguamente sobre el templo de los judíos, las cornejas por las cuales Herodes mandó colocar agudas puntas en la cima del templo. «El techo de este edificio, dice

Josefo, estaba cubierto de agudas puntas de oro para que las aves no pudieran posarse sobre él. »

En la Edad Media los caballeros cristianos descansaban en sus sepulturas á corta distancia del valle del juicio ; pero sus bárbaros vencedores ni aun esta fúnebre conquista les han respetado, y sus sepulcros han desaparecido de la tierra que á costa de su sangre adquirieron. Los caballeros del Templo fueron por largo tiempo los custodios de estos sepulcros y de la iglesia que había reemplazado el templo de Salomón.

De aquí trae origen la orden de los templarios ó de la milicia de Salomón.

« La devoción de las peregrinaciones, dice Michaud, llevaba á Oriente gran número de hombres impacientes por trocar el bordón y el zurrón con la espada. La piedad infundía valor, y junto al sepulcro de Jesucristo, todo, hasta la caridad evangélica, tomaba un carácter bélico. De un hospital consagrado al servicio de los pobres y de piadosos caminantes salieron héroes armados contra los infieles. »

La principal obligación del caballero era defender los Santos Lugares contra los musulmanes : « Juro, decía, cruzar los mares en defensa de mis hermanos ; prestaré mi brazo á la Iglesia y á los reyes contra los príncipes infieles, sin retroceder, y siempre pelearé con ellos mientras no sean tres contra uno. »

Notorio es el noble ardor con que los templarios sostuvieron sus juramentos mientras estuvieron en Palestina ; el recuerdo de tanto heroísmo hace más sensible todavía los dolorosos motivos que los llevaron á su fin.

Al terminar la reseña relativa al sitio que ocupó el templo, no pudo menos de añadir algunas palabras con respecto al martirio de Santiago.

« Jesucristo, al volver á su padre, encomendó á Santiago, dice San Gerónimo, los hijos de su Madre, ó sea, la iglesia de Jerusalén sacada de la sinagoga, como á su verdadero hermano. »

Desde el día de la Ascensión, este apóstol fué Obispo de Jerusalén y gobernó su iglesia por espacio de 28 años, tan respetado de los judíos como de los cristianos por su justicia y la santidad de su vida.

Habiendo fallecido Festo, Gobernador de Judea, Anano ó Anás, sumo pontífice, hijo de aquel ante quien compareciera Jesucristo, se aprovechó del interregno para dar muerte á Santiago. Reunió el sanedrín, animado constantemente del mismo espíritu que en tiempo del Salvador, y condenó al santo apóstol á morir apedreado.

Refiere Eusebio que los fariseos, creyendo reducir á Santiago á que renegase de su fe, lleváronle junto al templo en presencia del pueblo ;

compadeciéronse de él, diciendo que el pueblo estaba en un error, con respecto á Jesús, á quien tomaba por el Mesías. Añadieron que en sus manos estaba desvanecer el del vulgo, pues todos estaban prontos á creer lo que él diría, atendido el aprecio general que se había granjeado con su virtud y sinceridad. Hiciéronle subir sobre el templo á una altura regular para que pudiesen oírle, y dijéronle en voz baja : « Dinos, varón justo, lo que debemos creer de Jesús crucificado pues todos debemos creer lo que tú nos digas. » Y al punto respondió en alta voz, dirigiéndose al pueblo : Jesús, el hijo del hombre, de quien habláis, está ahora sentado á la diestra de la Majestad Suprema como Hijo de Dios, y debe venir algún día llevado sobre nubes del cielo.

Gran parte de los presentes exclamaron Hossanna y glorificaron á Jesús. Pero los fariseos clamaron : ¡ Cómo ! ¡ Así prevarica el varón justo ! Y para intimidar á los que quisieran creer en Jesucristo, y al propio tiempo para obedecer al Sumo Pontífice, arrojaron al apóstol desde lo alto del templo. No quedó muerto al dar en el suelo, levantóse, y postrándose pidió perdón á Dios por sus enemigos ; mas viendo éstos que aun vivía, alentáronse mutuamente para matarle, y le apedrearon.

En el valle de Josefát está su sepulcro.

La muerte de Santiago es un acaecimiento tan odioso que causó indignación á los romanos y á muchos judíos. Así que llegó Albino, nuevo Gobernador, el Sumo Pontífice fué reprendido y enxorado de su cargo, el cual sólo ejerció por espacio de tres meses.

Este hecho de la vida de Santiago prueba hasta qué extremo había llegado la dureza de los judíos ; el cual refiere el Talmud.

Un judío llamado Eligacer fué mordido por una culebra, y como Santiago quisiese curarle en el nombre de Jesús, se lo impidió un rabino ; poco después murió Eligacer, y dijo el rabino : « Hijo de Dumas, feliz eres por haber ido en paz de este mundo sin haber infringido las reglas de los sabios. »

Así que preferían morir que ser sanados por los milagros de los apóstoles.

La historia de este pueblo envuelve grandes lecciones. Los judíos no quisieron reconocer al verdadero Mesías, y sin embargo estaban tan convencidos de que había llegado el tiempo de la venida, que cuando algún impostor quería incitarlos á la sedición, debía tomar el título de Mesías ; los romanos dieron muerte á algunos falsos Mesías, entre los cuales adquirió gran celebridad Bar-Cochebas (hijo de la estrella). Así es que sólo por extravagantes errores, han cerrado los ojos á la verdad.

El monte Moriah, á causa de las destrucciones que ha presenciado,